

la promoción de la justicia (II) (*)

II.—EL HOMBRE PARA LOS DEMAS

Al final de este largo recorrido sobre la noción cristiana de la justicia, yo me contentaría con que hubiésemos sacado un único fruto: el convencimiento de lo lejos que estamos de tener asimilada totalmente dicha noción, tanto en nuestra forma espontánea de pensar, como en nuestras actuaciones prácticas. Si hemos sacado éste fruto, hemos dado ya el paso decisivo en orden a conseguir el objetivo principal de esta ponencia, e incluso de esta Asamblea.

En efecto; nos hemos reunido aquí para repensar el sentido y las metas de nuestra Asociación de Antiguos Alumnos y nos ha parecido que en principio las Asociaciones de Antiguos Alumnos están hoy llamadas a ser un cauce privilegiado de formación permanente.

Hoy se habla mucho de *formación permanente*, pero con frecuencia se da a dicha expresión un alcance muy limitado: el de *simple puesta al día de los conocimientos* técnicos y profesionales, que nos permiten seguir luchando con ventaja en la competición, cada vez más dura, de esta vida. A veces se completa dicha noción con la de *reeduación* de los hombres *para vivir en una sociedad totalmente diferente*, o incluso para capacitarlos a afrontar el reto de un mundo en continuo cambio. Pero esta tarea, absolutamente necesaria en el mundo de hoy, no puede darnos todo; desde el punto de vista de los valores cristianos, es una tarea neutra y puede incluso ser negativa; todo depende de la orientación de base que hayamos impreso a nuestra existencia. En la medida en que hayamos orientado para los demás y para la justicia la capacitación técnica y profesional y la adquisición de un nuevo sentido en el cambio, será positiva; en la medida en que la pongamos al servicio de nuestros egoísmos personales o de grupo, será negativa. Y en toda hipótesis, al término de la formación permanente, tal como se usa de ordinario, le falta la nota más específica de toda formación cristiana: la *llamada a la conversión*. Pero hablar de formación permanente en el cristianismo es hablar de conversión continua y ello hoy, en concreto, es hablar de formación para la justicia.

(*) Cf. PROYECCION n. 88 (1973) 296-318.

No en vano hemos comenzado esta charla con la confesión de que no estamos formados para ello. Sólo a partir de esta conciencia y de esta humilde confesión, acompañada de la voluntad de reforma, tiene sentido el que nos planteemos en serio el problema de nuestra propia formación. Dejo lógicamente a vuestras deliberaciones el análisis de las formas concretas en que esta formación podría y debería encarnarse, y dejo también a vuestro estudio y decisiones la elección de los canales organizativos que la pongan en ejecución.

Bajo el epígrafe común de "el hombre para los demás" voy a limitarme a esbozar en esta segunda parte tres series de consideraciones finales. La *primera*, versará sobre la justificación y el sentido general que hemos de darle a esa expresión. La *segunda*, sobre una condición y cualidad indispensable que hoy ha de poseer ese hombre, si de verdad quiere servir a los demás con eficacia: la de ser un agente, un promotor del cambio. La *tercera*, versará sobre otra condición más radical e importante: la de ser un hombre dócil a Dios, un hombre llevado por el espíritu, es decir, flexibilizado y sensibilizado en su más profunda intimidad por la unción del Espíritu Santo, y de esa forma capacitado para discernir, escuchar y seguir su voz, que se le manifiesta en las obras que el mismo Espíritu hace en el mundo, en la vida entera de la Iglesia y en su propia intimidad personal; todo ello a la luz de una relectura continua del Mensaje evangélico, que va liberando así, paulatinamente, en un proceso inexhaustible, la plenitud de su sentido y exigencias.

A. EL HOMBRE PARA LOS DEMAS : JUSTIFICACION Y SENTIDO

a) (*Consideraciones preliminares*). En una *primera aproximación* de carácter filosófico —que por lo demás abordo sin ningún tipo de pretensiones— parece que el hombre se caracteriza por un "*ser para sí*", un ser centrado sobre sí mismo. Una simple reflexión sobre los datos de la experiencia parecen ponernos ante la evidencia de que la escala de plenitud y perfección de los seres crece con la escala de su capacidad interna de autocentralización, que paradójicamente coincide con la de una mayor complejidad. Los seres más perfectos son los más centrados y a la vez los más complejos: un protón, un átomo, una molécula simple, un cristal, una macromolécula, un virus, un protozoo o una célula, una planta completa que armoniza y unifica millones de células, un animal con mayor complejidad aún y sin embargo dotado de la centralidad superior que le proporciona una vida vivida y sentida; y por fin el hombre, con la radical centralidad de que lo dota la conciencia. Con su inteligencia y el poder que de ella deriva el hombre tiende a dominar el mundo, apropiándosele y centrándolo en sí.

Sin embargo también es un dato de experiencia que el hombre se descentra cuando se centra egoísticamente. El hombre es un centro, dotado de conciencia, de inteligencia y de poder; pero un centro *llamado a salir de sí mismo*, a darse y proyectarse a otros por el amor. El amor es la dimensión definitiva y englobante del hombre: la que a todas las demás dimensiones les da su sentido, su valor o su desvalor. Sólo el que ama se realiza plenamente como hombre. No se es más persona cuanto más se cierra uno sobre sí mismo, sino cuanto más se

abre a los demás. El "saber" y el "tener", es decir, el centrar en sí mismo y apropiarse de las cosas con la inteligencia o con el poder, son ciertamente dimensiones enriquecedoras del hombre, pero sólo en la medida en que no lo cierran a los otros hombres, sino que enriquezcan la misma donación y entrega amorosa de sí mismo a los demás. Toda persona que hace crecer los "saberes" de este mundo, o lo "haberes" de este mundo, para ponerlos al servicio de la humanidad, realiza una tarea de humanización propia y de humanización del mundo.

b) (*La deshumanización por el egoísmo*). Pero con frecuencia las cosas suceden de otro modo. Cuando el movimiento centralizador se detiene en uno mismo, cuando se acumulan "saberes", "poderes" y "haberes" para ponerlos al servicio exclusivo de uno mismo, sustrayéndolos a los demás, entonces el proceso se pervierte y se torna deshumanizador.

En primer lugar deshumanizador de *las víctimas* directas de esa conducta. Lo menos que se puede decir de los hombres que no viven para los demás es que no *aportan nada* a sus hermanos. La escala comienza pues con un pecado de omisión, del que apenas nunca tomamos conciencia; este pecado puede adoptar simplemente la forma concreta de una existencia ociosa, o pasar adelante y adoptar la forma de una existencia basada sobre negocios especulativos; también hay que colocar en este grupo a los que participan positivamente en el proceso productivo (haciendo crecer la riqueza o el saber), pero, aprovechándose de tal modo de su situación de privilegio y poder a la hora de fijar las contraprestaciones de todo tipo, que en definitiva el saldo resulte negativo para los más débiles.

Supongamos sin embargo que no hay todavía ningún tipo de apropiación injusta. El hombre que vive para sí, no sólo no aporta, sino que además *tiende a acumular* en exclusiva, a acotar parcelas cada vez mayores de saber, poder o de riqueza, y consiguientemente, a desplazar a multitudes de marginados de los grandes centros de dominio del mundo.

Pero hay más: el egoísta no sólo no humaniza las cosas (por el único procedimiento por el que las cosas se pueden humanizar, es decir, poniéndolas al servicio de los demás), sino que *cosifica a los mismos hombres*, convirtiéndolos en objeto de explotación y dominio y apropiándose de parte del fruto de su trabajo.

En *segundo lugar*, y con mayor radicalidad, el hombre que no vive para los demás se *deshumaniza a sí mismo*. Por desgracia los casos en que este proceso se realiza son muchos, ya que para ello no es preciso poder aprovecharse de los demás, sino que basta con querer hacerlo. Muchas víctimas de la indiferencia o de la opresión de otros, son además verdugos de sí mismos (y a veces de terceros), simplemente por haber asimilado las pautas de comportamiento de sus opresores. Casi todos los hombres —sobre todo los que estamos aprisionados por las sutiles redes de la sociedad de consumo— tomamos parte activa en esta tarea suicida de autodeshumanización.

Si somos sinceros, todos tendemos a valorarnos a nosotros mismos con los criterios de valoración con que nos valora la sociedad. Y la sociedad no valora hoy al hombre por lo que es, ni siquiera por lo que sabe, sino simplemente por lo que tiene y por lo que puede alcanzar.

Poder y riqueza son las medidas del valor. La tendencia espontánea resulta entonces la de identificarnos con nuestra riqueza. Somos y valemos a los ojos de los demás y a nuestros propios ojos, lo que vale la riqueza que poseemos. Por este procedimiento la riqueza muy pronto deja de ser medio para convertirse en fin. El hombre necesita de muy pocas cosas para vivir humanamente, pero tiene límites en sus apetencias cuando se valora a sí mismo por la riqueza o por el poder alcanzado. Los mismos que nos quejamos de ser tratados como cosas, nos *cosificamos* a nosotros mismos al *identificarnos con nuestras riquezas*. Tenemos la impresión de haber triunfado en la vida, no cuando nos hemos dado desinteresadamente a los demás, sino cuando hemos escalado un puesto, coronado un negocio, afianzado una influencia, comprado una finca o engrosado el paquete de acciones.

Sin embargo hay algo en nuestro interior que se revela cada vez que consumamos en nosotros mismos esta cosificación. Nos sentimos frustrados. En el fondo sabemos que no somos ni valemos lo que tenemos. Quisiéramos ser nosotros mismos. Pero no nos atrevemos a romper el *círculo vicioso*, sino que pretendemos superar la frustración empuñándonos en "tener más todavía", o lo que es peor, en "tener "más que los demás", convirtiendo la vida en una competición sin sentido. La espiral de ambición, de competitividad y autodestrucción se retrocede indefinidamente sobre sí misma, en círculos cada vez más amplios, que nos encadenan cada vez con más fuerza a una existencia frustrada y deshumanizada. De rechazo resulta cada vez más necesario aumentar nuestro poder y la eficacia de nuestros mecanismos de opresión y de lucro. De esta forma nuestra autodeshumanización vuelve a repercutir en el tipo de deshumanización de que hablábamos en el apartado anterior: en la deshumanización de los demás.

Con ello hemos llegado al *tercer aspecto* deshumanizador, de la actitud egoísta. Esta no sólo deshumaniza a los demás y a sí mismo, sino que *deshumaniza* las estructuras sociales. Estamos ante uno de los ejemplos más netos de lo que en la primera parte he llamado "pecado objetivo". A partir de nuestros pecados de egoísmo, a partir de nuestros actos deshumanizadores, en el doble sentido de ser explotadores de los demás y destructores de nuestra propia humanidad personal, el pecado (cosificado y endurecido en ideas, estructuras y organismos anónimos que escapan ya a nuestro directo control) se instala en el mundo como una fuerza tiránica que a todos nos atenaza.

c) (*La humanidad por el amor*). ¿Cómo salir de este círculo vicioso? Porque efectivamente se trata de un círculo, en el que los tres aspectos deshumanizantes del egoísmo desencadenado se entrelazan de tal manera los unos con los otros, que no se ve la forma de desatar el nudo. Advertimos con bastante claridad que el egoísmo personal, o la suma de egoísmos personales, está a la raíz de todo proceso. Pero intentar vivir el amor y la justicia en un mundo donde los demás, o la gran mayoría, son egoístas e injustos y donde además la Injusticia y el Egoísmo se han instalado estructuralmente, esa empresa parece una empresa suicida e inútil.

Sin embargo a esa empresa nos impulsa con toda nitidez el Mensaje cristiano, hasta constituir la esencia ética del cristianismo. Hay una frase de San Pablo que ilustra con precisión lo que pretendo mostraros.

Dice así: "No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien" (Rom 12,21). Esta enseñanza que, como veremos, se identifica con la enseñanza de Cristo sobre el amor a los enemigos, es la piedra de toque del cristianismo. Todos desearíamos ser buenos con los demás y el egoísmo estructural nos ataca y amenaza aniquilarnos. Nos parece que entonces la única reacción posible es oponer el mal al mal, el egoísmo al egoísmo, el odio al odio, hasta, a ser posible, aniquilar el agresor con sus mismas armas. Pero es precisamente entonces cuando el mal nos vence más íntima y profundamente. No sólo nos destroza exteriormente, sino que nos deshumaniza y pervierte por dentro; nos inculca su propio veneno; nos hace malos. A eso es a lo que San Pablo le llama ser vencido del mal.

El mal sólo se vence con el bien, el odio con el amor y el egoísmo con la generosidad: y todo ello es necesario en este mundo concreto para implantar la justicia. Para ser justo no basta con no aumentar por propia iniciativa la reserva ya ingente de injusticia de este mundo; es preciso además soportar generosamente los efectos de la injusticia, negarse a seguirle el juego y, sobre todo, sustituir su dinámica por la dinámica del amor. Para ello no basta un amor como el de los gentiles, que sólo aman a sus amigos y odian a sus enemigos; eso no arreglaría nada; a lo más mantendría el equilibrio. El amor cristiano en cambio es como el amor de Dios, que hace nacer su sol sobre los buenos y los malos (véase Mateo, 5,43-48). Amor por tanto creador que no consiste en amar lo amable, sino en amarlo todo y, a fuerza de amor, convertir en amable lo que se ama.

San Pablo nos dice en el mismo pasaje: "Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis... sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres; en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos... antes al contrario; si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza" (Rom, 12,14-21): ascuas de cariño que a la larga enternecerán el corazón y cambiarán a los hombres. Es preciso hacer esa siembra de amor. Poner amor donde no hay amor, para un día recoger amor. Es verdad que, muy posiblemente, entre la cosecha y la sementera, el grano de trigo muera. Solo el grano que muere da fruto. Pero en esto consiste la verdadera victoria. La victoria además donde no hay vencidos. Decíamos antes que cuando el odio de otro hace nacer en nosotros el odio, somos nosotros los vencidos, aun en el caso de que logremos aplastar al adversario. Pero cuando al odio respondemos con amor, hasta dar la vida, si es preciso, como Cristo, amando y perdonando a los enemigos, entonces es más que probable que seamos nosotros los que terminemos por infundir nuestro amor en los demás. Entonces es cuando profundamente vencemos, con una victoria plena en la que no hay vencidos; solo vencedores, porque el hermano ha sido ganado y el enemigo trocado en amigo.

La gran dificultad está en que todo esto nos parece muy bonito pero tremendamente ineficaz. No tenemos fe en el amor. Sin embargo nada hay más eficaz que el amor. Más aún, el costo de dolor y sufrimiento que los hombres pagan continuamente por defenderse, sería

mucho menor utilizando esta estrategia de Dios. Muchos hombres, a los que no se les puede negar una cierta alteza y nobleza de miras, estarían dispuestos a matar por establecer la justicia en el mundo. Incluso hay muchos dispuestos a morir matando con el mismo fin. Pero hay muy pocos dispuestos a morir simplemente amando. Y casi nunca es preciso tanto. Naturalmente será suficiente con amar y soportar algunas de sus consecuencias. Para hacer retroceder notablemente el dominio de la injusticia, pienso que bastaría la multiplicación de una serie de grupos selectos, suficientemente coordinados, que orientaran su vida con el espíritu aquí descrito, espíritu que voy a intentar concretar algo más en el apartado siguiente.

B. AGENTES Y PROMOTORES DEL CAMBIO

No olvidemos que, aunque la raíz del reino de la injusticia está en nosotros mismos (y por ello dedicamos nuestros mejores esfuerzos a nuestra propia reeducación y reforma), esa injusticia está asentada estructuralmente en el mundo, con independencia objetiva de cada uno de los hombres. Más aún, que no podemos cambiarnos hasta las últimas consecuencias, si no cambiamos nuestro mundo. Educar para la justicia es por lo tanto educar para el cambio, formar hombres que sean agentes eficaces de transformación y de cambio.

Ello requiere, según veíamos en la primera parte, un tipo de formación que nos capacite para el análisis de las situaciones que en cada caso se pretendan transformar y para la elaboración de unos planes y tácticas para conseguir eficientemente las metas transformadoras y liberadoras. Esta tarea desborda evidentemente la finalidad de esta charla, aunque posiblemente no desborde la finalidad de las Asociaciones de los Antiguos Alumnos. Opino que en su seno se deberían fomentar iniciativas de este tipo a diverso nivel, con diversos grados de coordinación, y con un amplio margen de pluralismo.

Yo voy simplemente a limitarme a indicar algunas actitudes muy generales, que parece deberíamos incorporar en toda hipótesis a esas tácticas, y también a llamar la atención sobre la necesidad de fomentar una imaginación prospectiva que nos haga tomar muy en serio la tarea de construir un futuro mejor para la humanidad.

a) (*Actitudes generales para promover el cambio*). Sólo voy a enumerar tres actitudes generales que pueden contribuir eficazmente al cambio, sobre todo si diversos grupos las van fomentando en una acción coordinadora.

Primera: un decidido propósito de darle un tono de mucha mayor sencillez a nuestra vida individual, familiar, social y colectiva, frenando así la espiral del lujo y la de la competitividad social. Fiestas, regalos, trajes, joyas podrían ser el objeto de drásticas reducciones, que no sólo permitirían prescindir de ciertas fuentes de ingresos (quizás no tan limpias) o de orientarlas generosamente hacia los demás, sino que sobre todo actuarían como gestos simbólicos de tremenda eficacia social.

Un ejemplo muy simple: fácilmente la celebración social de una boda de cierto tono cuesta medio millón, o un millón de pesetas. Para

conseguir la legítima satisfacción, entrañablemente humana, de la cercanía de los verdaderos amigos en esos momentos, no es preciso ese derroche. Pero, si somos sinceros, no se trata de eso; se trata ante todo de prestigio social y, con mucha frecuencia, del egoísta y calculado "toma y daca" de los regalos. A la cuenta negativa hay que añadir las perturbadoras consecuencias sociales: se fomenta la competitividad social; los que comparten nuestro ambiente no pueden quedar por debajo o al menos no pueden quedar mal: la próxima boda debe ser mejor aún, aunque para ello haya que ganar el dinero como sea; una vuelta de rosca más en el tornillo del lujo y opresión, que se va así encajando cada vez con mayor profundidad y fijeza en la estructura del mundo. El ejemplo cunde y los ambientes menos pudientes entran también en el juego, gastando a veces lo que no pueden ni tienen; al necio juego del prestigio se sacrifican entonces valores mucho más satisfactorios y profundos: una razonable luna de miel, una instalación más confortable y humana de la nueva pareja, etc.

¿Qué pasaría si un grupo de cristianos, confesando públicamente sus propósitos, se decidiera a romper con los modos usuales de actuar?: una ceremonia sencilla y verdaderamente religiosa, donde, por deseo explícito de los contrayentes, se exalte el amor entre los esposos, que pretenden sostenerse mutuamente y formar una comunidad abierta al prójimo y al servicio de una mayor humanización del mundo; dicha ceremonia vendría completada con un encuentro frugal con los amigos y la donación de una fuerte suma —el más fuerte de todos los gastos— destinada a una obra de promoción humana.

El ejemplo vale, pero vale sólo como símbolo; símbolo que no serviría para nada si no es expresión verdadera de una concepción nueva de toda la existencia, que debe encarnarse en otros muchos detalles. Hay que formar hombres (y también mujeres), que no sean esclavos de la sociedad de consumo, que no tengan como norma de vida ser y aparecer un poco más que los demás, sino que se propongan, hasta como ideal, quedarse siempre un poco atrás, para así ir desenroscando el tornillo del lujo y de la competitividad. Hombres y mujeres, que en vez de sentirse impelidos a comprar todo lo que ha logrado comprar una familia amiga, sean capaces de ir prescindiendo de muchas cosas, de las que otros en sus mismos ambientes han prescindido, y de las que la mayoría de la humanidad se ve obligada a prescindir. El antiguo consejo dado por los moralistas, a la hora de determinar lo que era el lujo inaceptable para un cristiano, se basaba en la directiva de asimilarnos, sin excesos, a lo que es habitual en cada nivel social. Pero ese consejo está superado. Supone una sociedad estática, preocupada por la justicia individual, pero que ni siquiera se plantea el que la misma estructura social (que determina esos niveles clasificatorios de los grupos sociales) sea ella misma una encarnación de la injusticia. Pero precisamente ese es el caso, y sólo es profundamente moral una actitud que tienda a desmontar y allanar los escalones sociales establecidos. Desde otro punto de vista, hay que formar hombres y mujeres verdaderamente libres y no esclavos de la sociedad de consumo. Hombres y mujeres que ante los anuncios de la Televisión y los escaparates de los almacenes sientan la satisfacción de poder exclamar, contentos de su propia libertad: ¡cuántas cosas hay que no necesito! ¡de cuántas no soy esclavo!

Mucho más brevemente voy a insinuar la segunda y la tercera actitud fundamental. Segunda: decidido propósito no sólo de no participar en ningún lucro de origen claramente injusto, sino incluso de *ir disminuyendo la propia participación en los beneficios de una estructura económica y social, injustamente organizada* a favor de los más poderosos. No se trata ya de disminuir los gastos, sino, mucho más radicalmente, de disminuir los ingresos basados en estructuras injustas. Ello nos obliga de nuevo a marchar a contracorriente. En vez de tender a afianzar cada vez más nuestra posición de privilegio, hemos de ir debilitándola a favor de los menos favorecidos. En el seno de las Asociaciones de Antiguos Alumnos se deberían hacer serios y sinceros análisis para determinar en qué casos y hasta qué punto la participación en el producto social de los mejor situados (dueños de grandes capitales, grandes industriales y financieros, profesionales bien instalados, etc.), no supera lo que debería ser, si la estructura fuese más justa. Yo os pediría que no os excluyáis demasiado rápidamente de este planteamiento; estoy convencido de que toda persona de cierta posición social se ve afectado por él, aunque sea sólo en algunos aspectos, y aunque, respecto a grupos todavía más favorecidos, resulte injustamente discriminado. Pero no olvidemos que el punto decisivo de referencia son los verdaderamente pobres en nuestros países y en el tercer mundo.

La tercera actitud está muy conectada con la anterior. Tal vez sea posible reducir los gastos y llevar una vida mucho más sencilla, sin chocar demasiado con la sociedad, aunque en el fondo le desagrade nuestra actitud y por ello precisamente le haga bien. Pero si lo que pretendemos es reducir nuestros ingresos, en cuanto que ello nos vienen de nuestra participación en una estructura injusta, ello no es posible hacerlo sin transformar la misma estructura. Entonces es inevitable, que los que se sientan con nosotros desplazados de sus puestos de privilegio adopten una actitud de defensa y contraataque. Un recurso demasiado fácil sería la renuncia a todo puesto de influjo. En algún caso el procedimiento puede ser conveniente, pero de ordinario sólo serviría para entregar el mundo entero en manos de los más egoístas. Aquí precisamente es donde radica la dificultad de la lucha por la justicia y la aludida necesidad de mediaciones. Pero aquí también podríamos hacernos mutuamente luz en el seno de las Asociaciones de Antiguos Alumnos. Deberíamos contar para ello con nuestros Antiguos Alumnos pertenecientes a la clase obrera. Si bien el enfoque de esta segunda parte de mi conferencia se ha movido en otras perspectivas, no conviene olvidar que los principales agentes de transformación y de cambio han de ser los más oprimidos, de los que los más privilegiados, al asumir su causa, son simples colaboradores instalados en los puntos de control de la estructura que se pretende cambiar.

b) (*La construcción del futuro*). Unas palabras todavía sobre vuestra colaboración en una responsable construcción del futuro. Ralp Lapp compara a nuestro mundo con un "tren que está adquiriendo velocidad, deslizándose por una vía donde un número ignorado de agujas conducen a puntos de destino desconocidos. No hay un solo científico en la locomotora y puede haber demonios en las agujas. La mayoría de la sociedad va en el furgón de cola mirando hacia atrás" (citado por Alvin Toffler, *El shock del futuro*, pág. 451).

El amor que el cristiano tiene a los hombres le impulsará a instalarse en la locomotora y a guiar eficazmente el tren en la dirección adecuada. Pero ello exige dominio de los mandos, conocimiento del territorio hacia donde se camina, sistemas para el control de las agujas, e incluso de los demonios que rigen las agujas. En la locomotora no bastan hombres de buena voluntad, ni siquiera bastan más científicos de que nos habla la cita; son precisos pensadores profundos y, en el sentido en que enseguida explicaremos, hasta hombres espirituales, exorcistas que sepan conjurar los demonios que rigen al mundo.

A veces un largo rodeo por parajes abruptos puede ser el único medio de evitar la catástrofe. Por ello será necesario afrontar las iras de los pasajeros que, instalados en el fondo del tren, sólo gustan verse conducidos por parajes menos ásperos. El cristiano nunca ha de olvidar que está al servicio de los que van en el tren; que es un hombre para los demás; pero, precisamente por ello, ha de utilizar con prudencia y firmeza las necesarias mediaciones ideológicas y técnicas. Pero ha de hacerlo sin olvidar el ethos fundamental, sin convertir a las mediaciones en fines, lo que equivaldría de nuevo a abandonar la locomotora y la mirada hacia el futuro y encerrarse en un vagón laboratorio instalado en el tren, pero tan aislado de la verdadera realidad como los que van en el furgón de cola.

Tampoco puede ser un diletante que vaya intentando acertar el camino arbitrariamente o llevado por las corrientes o las reacciones de la moda. Moda que especialmente pelagra cuando reacciona, incluso legítimamente, contra alguna exageración, absolutizando su negación y la nueva dirección. Todos los totalitarismos se han implantado en una atmósfera dominada por este tipo de reacciones. Alvin Toffer, a la vez que defiende la no mitificación de la tecnología, reacciona contra una corriente que hoy pretende simplemente eliminarla. "A los que, en nombre de unos vagos valores humanos, predicando sandeces antitecnológicas deberíamos preguntarles: ¿qué entendéis por humanos? Retrasar deliberadamente el reloj sería condenar a miles de millones de seres humanos a una miseria forzada y permanente, precisamente en el momento de la historia en que se hace posible su liberación. Está claro que necesitamos, no menos, sino más tecnología. Al propio tiempo, es indudablemente cierto que muchas veces aplicamos la nueva tecnología de un modo estúpido y egoísta". Por ello viene la legítima reacción contra la tecnología, reacción que se hace a sí mismo estúpida si se absolutiza. "Esta protesta contra los estragos del irresponsable empleo de la tecnología podría cristalizar en forma patológica, con un fascismo antifuturo en el que los científicos sustituirían a los judíos en los campos de concentración. Las sociedades enfermas necesitan cabezas de turco. Al aumentar las presiones del cambio sobre el individuo y al adquirir preponderancia el shock del futuro, este final de pesadilla aparece más verosímil. Es significativo que un slogan, garrapateado en un muro por los estudiantes en una huelga en París, dijese: ¡Mueran los tecnócratas! No debe permitirse que el incipiente movimiento mundial para el control de la tecnología caiga en manos de irresponsables tecnófobos, de nihilistas y de románticos rousseaunianos" (id. págs. 448 y 450).

Es sólo un ejemplo, que nos habla de la dificultad de la tarea; de la sinceridad, prudencia y profundidad con que debe actuar el cristiano en este punto.

C. EL HOMBRE "ESPIRITUAL"

Llegamos al término de la charla donde quiero mostrar, cómo sólo el hombre de Dios, el hombre "espiritual" en el sentido de estar llevado por el Espíritu, puede ser a la larga el hombre para los demás, el hombre para la justicia, capaz de contribuir a una verdadera transformación del mundo que vaya eliminando de él las estructuras de pecado.

Con ello no quiero negar que existan hombres de radical buena voluntad que compartan con los auténticos cristianos todas las notas expuestas en nuestra exposición. En la medida en que ello sea así, ellos son a nuestros ojos los que hoy se llaman "cristianos anónimos", hermanos nuestros que, al amar radical y sinceramente al hermano, aman a Dios y a su Cristo sin conocerlo. Les falta sólo escuchar la Buena Noticia, el Evangelio que les explicita y lleve a plenitud su fe, su esperanza y su amor.

Me voy a limitar a dos rasgos especializadores de este hombre "espiritual".

a) (*La infusión del amor*). El amor según San Juan, parte siempre de Dios. El tiene la iniciativa. No consiste el amor en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado (Jn. 4,10), y con ello nos ha transformado a su vez en fuentes de ese amor que tiene las mismas características del amor de Dios: amor entregado, amor que soporta el desamor y soportándolo lo supera, amor que se deja matar por la injusticia de este mundo, pero que, al morir, mata a la injusticia convirtiendo su triunfo en derrota; amor que ama al enemigo con un amor transformador que hace amable aquello que se ama y que, por tanto, lo convierte en amigo; amor por fin eficaz y victorioso. Ese amor lo ha infundido Dios en nosotros por su Espíritu. Si lo tenemos y amamos así a los hermanos, hemos nacido de Dios; si lo rechazamos y no amamos así a los hermanos, rechazamos el amor de Dios, la filiación divina, la hermandad con Jesucristo, y la recepción de su Espíritu (1 Jn. passim).

La misma fe cristiana es en el fondo fe en el amor (1 Jn. 4,16), fe además en el amor victorioso y por ello fundamento de nuestra esperanza. Por ello puede decir San Juan: "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (1 Jn. 5,4).

b) (*Discreción de Espíritus*). Este primer rasgo de nuestra vida en el Espíritu es sin duda el principal y el motor de todo. Pero no basta. No basta con amar, hay que amar discretamente. Y aquí es donde interviene el segundo sentido de lo que entendemos por hombre "espiritual".

Este mundo concreto, del que tenemos que desalojar la injusticia que se instala en nosotros y en la estructura de la sociedad, es de hecho un producto del influjo conjugado del Espíritu Santo y del pecado. Por ello, en la lucha por la injusticia, necesitamos del don de consejo y discernimiento, del carisma de la discreción de espíritus, para saber se-

parar lo que es de Dios y lo que es del pecado en cada rasgo del mundo. No basta la observación ni el análisis sociológico de la realidad. Hay quienes identifican los resultados de un análisis sociológico con los "signos de los tiempos", exponiéndose a tomar por obra de Dios lo que tal vez sea el efecto del pecado. La Sociología nos proporciona sólo el material en bruto, sobre el que ha de ejercitarse el discernimiento espiritual. Por medio de este discernimiento hemos de descubrir donde está, y sobre todo donde se adensa el pecado del mundo. Y, entreverados en la misma trama, hemos de descubrir también los signos de los tiempos, que nos pueden dar pistas de cómo hay que proceder para desalojar el pecado de sus reductos. Tampoco hay que descartar que la voz del Espíritu se dirija directamente a nosotros para enseñarnos y marcarnos nuevos caminos y soluciones. Pero sólo el que posee el Espíritu es capaz de descubrir y entender adecuadamente al Espíritu, donde quiera que se manifieste. San Pablo nos dice, que así como nadie conoce "lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él", "del mismo modo, nadie conoce lo interno de Dios, sino el Espíritu de Dios". Pero a continuación hace esta tremenda afirmación: que nosotros hemos recibido "el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que nos ha otorgado, de las cuales también hablamos... sometiendo las realidades espirituales a criterios espirituales. El hombre natural (psíquico), no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él; y no las puede entender porque sólo el Espíritu puede juzgarlas. En cambio el hombre espiritual lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarlo. Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor para instruirle? Pero nosotros poseemos el pensamiento de Cristo" (1 Cor. 2, 11-15).

CONCLUSION

Este es el *ideal del hombre*, del hombre al que tienden nuestros esfuerzos formativos, el hombre "espiritual", pneumático o "pneumáticos", conducido y sostenido por el Pneuma de Dios, por el Espíritu Santo. No ya el "*homo faber*", el hombre hábil y artesano que en los albores de la historia comenzó a diferenciarse radicalmente de los animales, iniciando así la dominación del mundo; ni el simple "*homo sapiens*", que por su inteligencia y sabiduría humana se eleva por encima de toda la Creación y es capaz de comprenderla y explicarla; ni siquiera el *hombre prometeico*, que se sabe partícipe del poder creador de Dios, y llamado, no sólo a contemplar el mundo, sino a transformarlo. Tampoco el "*homo politicus*", consciente de la complejidad de este mundo y hábil para encontrar y pulsar los puntos neurálgicos de los que dependen las grandes transformaciones. Todos estos aspectos del hombre, incluido también el del "*homo ludens*", que le proporciona la capacidad de vivir la vida y la propia actividad gozándola en lo que tiene de valor en sí, no supera lo que San Pablo llama el *homo psíquicus*, es decir, el hombre espiritual en el sentido de dotado de espíritu o psiquismo humano, el hombre simplemente natural. Este hombre en concreto no existe, es una abstracta posibilidad ambivalente, que en concreto está en mayor o menor medida humanizado o deshumanizado. Puede llegar a ser el "*homo lupus*", depredador de sus propios hermanos; o por el contrario el "*homo humanus*", "*concors*", "*phi-*

lantropus", es decir, profundamente humano, amante de la concordia y de los hombres. Naturalmente ese hombre será también el "*homo religiosus*" abierto a la transcendencia y, si su religiosidad es genuina, ligará en unidad indestructible el amor de Dios y el amor a los hombres. Pero ese ideal no es posible hasta el fondo sin la acción de Dios que nos transforma en el "*homo novus*", el hombre nuevo, la nueva criatura, cuyo último principio vital es el mismo Espíritu Santo. Ese es el "*homo spiritualis*" que, porque es capaz de amar, incluso a los enemigos, en este mundo malo, es también capaz de transformar al mundo; y, porque tiene el carisma del discernimiento, es capaz de descubrir y sumarse activamente al dinamismo más profundo y eficaz de la historia, aquel que la empuja hacia la construcción, ya iniciada, del Reino de Dios.

Ese espíritu, que nos hace espirituales, es también el Espíritu de Cristo, que nos hace también cristianos, que nos cristifica. También en esta tarea de la construcción de la justicia, *Cristo* es el todo: nuestro Camino, Verdad y Vida. El es, por excelencia, el "hombre para los demás", el que nos precede en la construcción del Reino de la Justicia; nuestro modelo y punto obligado de referencia; sus palabras y su vida nos proporcionan la estabilidad necesaria para no perder el norte en este mundo cambiante. Pero además Jesús vive todavía y es el Señor de la historia que avanza; sentado junto a la diestra del Padre, sigue asistiendo a su Iglesia y, por su Espíritu, nos va poco a poco iluminando el más profundo sentido de las palabras que un día oímos de sus labios; de esta forma se convierten en palabras nuevas, capaces de iluminarnos los recónditos caminos de la historia (Jn. 14,26). Su misma ausencia, es así un tipo de presencia viva: "os conviene que Yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré... cuando venga El, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la Verdad completa...; y os anunciará la que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros" (Jn. 16, 7-15).

Cristo es además, y finalmente, el fundamento de ese "magis" tan ignaciano, que nos mueve a no ponerle nunca límites a nuestro amor, a decir siempre "más" y "más", a buscar siempre la "mayor Gloria de Dios", que concretamente se realiza en la mayor entrega al hombre y a la causa de la Justicia.